

¿Perdemos competitividad?

España ha perdido dos puestos en el índice global de competitividad del Foro Económico Mundial, pero no porque no mejore en este aspecto, sino porque los países equiparables lo hacen aún más. La atonía del mercado laboral, la falta de incentivos a la innovación y la ralentización macroeconómica son los tres vectores principales del estancamiento del país en esta materia. Además, las exportaciones dejan de crecer tanto como antes por la menor pujanza de la demanda europea.

JUAN ARZA

✉ juanarza1890@gmail.com

EN LA FÁBRICA de Seat de Martorell (Barcelona) hay un reloj que siempre marca la hora de Alemania. La sintonía laboral con la locomotora europea es tan importante que optimizar los horarios le reporta a la fábrica una notable ganancia del mayor valor que buscan las empresas: la competitividad.

La competitividad, que es un binomio de precio e innovación, es la llave maestra que confiere a las compañías y a los países más poder de mercado. A mayor competitividad, más exportaciones, y por tanto menos brecha por cuenta corriente, lo que redundará en una mayor creación de empleo.

España saca buenas notas en infraestructuras, tamaño del mercado, educación superior y formación

Camino hacia el progreso. Arturo Bris, director del Centro Mundial de competitividad IMD es tajante: “no hay una sola nación en el mundo que haya tenido éxito de manera sostenible sin preservar la prosperidad de su pueblo. La competitividad se refiere a un objetivo de este tipo, determina cómo los países, las regiones y las empresas gestionan sus competencias para lograr un crecimiento a largo plazo, generar empleo y aumentar el bienestar. Por lo tanto, es un camino hacia el progreso que no da lugar a ganadores y perdedores. Cuando dos países compiten, ambos están mejor”.

En efecto, el de la competitividad es un círculo virtuoso del sector privado que, sin embargo, necesita de gasolina pública para no frenarse. Esa gasolina tiene dos in-

La competitividad, binomio de precio e innovación, es la llave maestra que confiere a las compañías y a los países más poder de mercado.

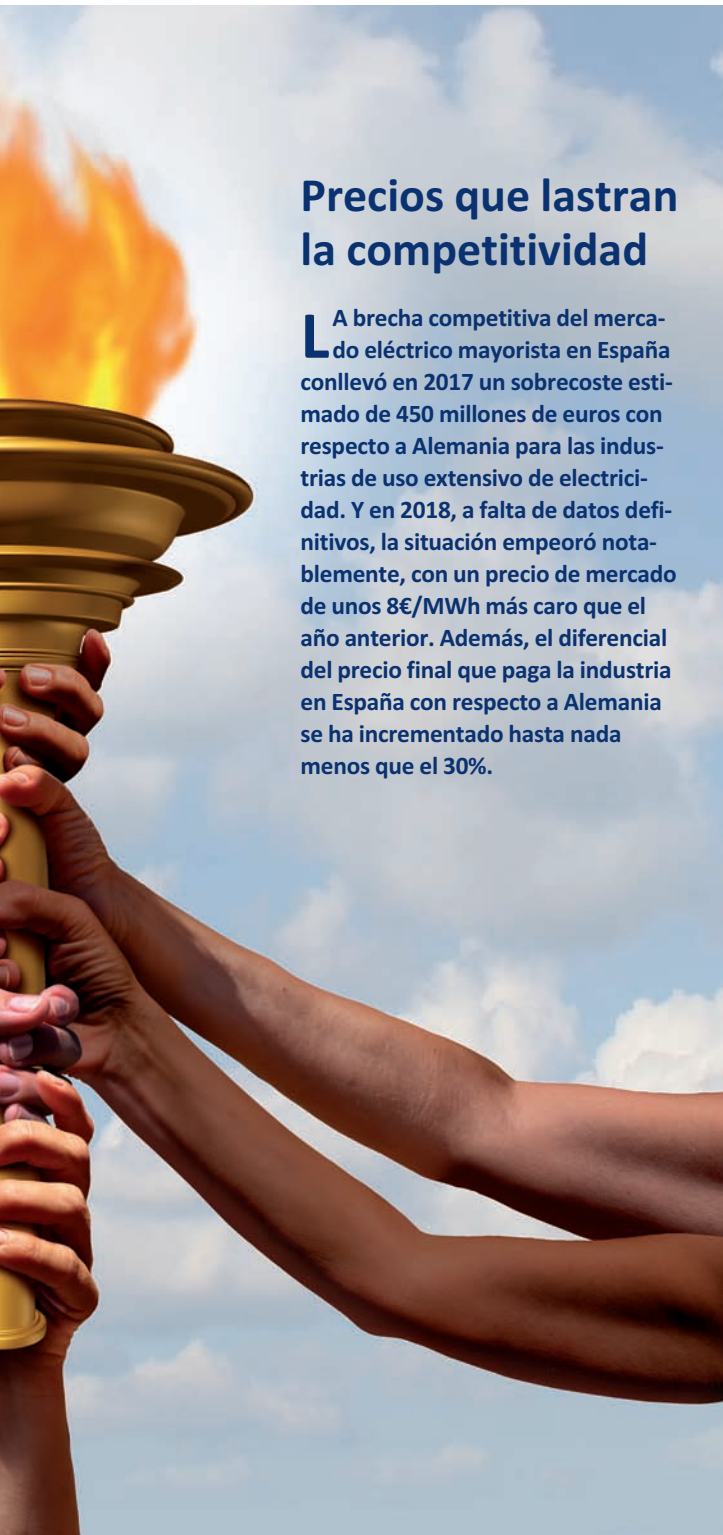


gredientes básicos: la regulación laboral y el fomento de la innovación y las exportaciones. Pero no solo. A veces, la propia desaceleración de la economía impide maximizar la ganancia de competitividad. Es lo que le ocurrió a España en 2018: perdió dos puestos en el *ranking* mundial publicado por el Foro Económico Mundial, también llamado Foro de Davos. Baja en competitividad por empleo, entorno macroeconómico e innovación.

De esta manera, España ocupa ahora el trigésimo cuarto lugar de un total 137 países. Y eso que ha podido mejorar su puntuación general, al lograr 4,70 puntos este año frente a los 4,68 de 2016. Para el Foro Económico

Precios que lastran la competitividad

La brecha competitiva del mercado eléctrico mayorista en España conllevó en 2017 un sobrecoste estimado de 450 millones de euros con respecto a Alemania para las industrias de uso extensivo de electricidad. Y en 2018, a falta de datos definitivos, la situación empeoró notablemente, con un precio de mercado de unos 8€/MWh más caro que el año anterior. Además, el diferencial del precio final que paga la industria en España con respecto a Alemania se ha incrementado hasta nada menos que el 30%.



Mundial, dirigido por el alemán Klaus Schwab, el hecho de que España baje dos escalones en el *ranking* mundial y a la vez consiga aumentar su puntuación global, sugiere que otras naciones mejoran más rápidamente su competitividad. España se ha beneficiado claramente de la política de tipos bajos y de la inflación reducida. Quiere esto decir que cuando estos dos factores dejen de remar a favor, España necesitará más reformas para poder ganar competitividad.

El *ranking* de los diez países más competitivos lo encabeza por noveno año consecutivo Suiza, seguida de EE.UU., que sube una posición desplazando a Singapur al

Ojo al dato



► **Informe trimestral de Competitividad del Ministerio de Economía.**
<https://bit.ly/2Rth6ZX>



► **Sociedades constituidas.** Centro de Información Estadística del Notariado.
<https://bit.ly/2Ty5LW3>



► **Informe sobre la competitividad de las Pymes de SAGE.**
<https://bit.ly/2OfZAaJ>



► **¿Cómo son los salarios españoles?** Análisis del INE.
<https://bit.ly/2F7nTTq>



► **Así mide la competitividad de España el Informe Doing Business.**
<http://cort.as/-BFfJ>



tercer puesto. Holanda y Alemania se mantienen en el cuarto y quinto puesto, respectivamente, por delante de Hong Kong, que es el gran ganador este año al mejorar tres posiciones. Suecia baja un puesto hasta el séptimo lugar, al igual que el Reino Unido y Japón, los dos siguientes en el *ranking*, en tanto que Finlandia se mantiene firme en el décimo puesto.

España se sitúa en la primera parte de la mitad del *ranking* global, por detrás de economías como Chile, Tailandia, la República Checa, Arabia Saudí, Estonia, Islandia, China, Corea del Sur, Catar, Irlanda, Malasia, Francia, Australia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, los Emiratos Árabes Unidos, Israel, Taiwán, Canadá, Nueva Zelanda, Dinamarca y Noruega.

¿Qué necesitamos? La economista del Foro Económico Mundial Silja Baller señaló, en una entrevista reciente, que los factores más problemáticos para hacer negocios en España son una burocracia ineficaz, la política fiscal, unas regulaciones laborales restrictivas, la insuficiente capacidad de innovar y el escaso acceso a financiación, según una encuesta efectuada a ejecutivos. En el índice de competitividad global, España saca buenas notas en el pilar de las infraestructuras (décimo segundo), en el



El ranking de los diez países más competitivos lo encabeza por noveno año consecutivo Suiza, seguida de EE.UU.



→ tamaño del mercado (17) y en la educación superior y la formación (28), ya que en este último capítulo ha subido tres puestos.

La sofisticación empresarial se coloca en el puesto 29, aunque sin escalar posiciones. Según Baller, también se ve alguna mejora en el indicador de desarrollo de los mercados financieros, donde ha subido tres puestos, pero dentro de ese apartado la solidez de los bancos ha empeorado siete puntos.

En el índice de IMD de competitividad España también pierde dos puestos, hasta el 36 del mundo. En otro indicador de este centro mundial dirigido por Arturo Bris, el de talento, España sí mejora: sube del puesto 32 al 31, superando así a Arabia Saudí.

A la hora de identificar las causas, los economistas apuntan a la ralentización, a la atonía laboral y a la falta de innovación del país. La recuperación del mercado de

trabajo no ha logrado cerrar aún toda la brecha de competitividad de España. En su último informe trimestral, CEOE avisa de que uno de los mayores riesgos de la economía española es que el país pierda competitividad por la falta de continuidad del “proceso de moderación salarial, que tan beneficioso ha sido para el aumento de la competitividad y el empleo”. Para la patronal, si no se ponen en marcha medidas que “fortalezcan la competitividad”, el PIB español verá acentuada su desaceleración y se crearán menos empresas. De hecho, aunque el número de nuevas sociedades constituidas en octubre de 2018 fue de 8.690, —lo que representa un aumento interanual del 5,7% (0,9% interanual en la serie corregida de estacionalidad), según el Centro de Información Estadística del Notariado—, la creación de nuevas empresas lleva varios años de caída

España ocupa ahora el trigésimo cuarto lugar de un total 137 países. Y eso que ha mejorado su puntuación general

en comparación con épocas de bonanza. En octubre, el capital social promedio de las mismas se situó en 16.229€, lo que supuso un retroceso interanual del 6,7%. Entre las distintas formas jurídicas, las sociedades limitadas, que representan el grueso de las sociedades constituidas, ascendieron a 8.255, registrando una expansión interanual del 4,7% (-0,3% en la serie corregida de estacionalidad). El capital fundacional de las mismas fue de 15.609€, lo cual representó una contracción del 4,9%.

La innovación es, como ya se ha dicho, otra de las grandes claves para que España sea más competitiva. La importancia de la digitalización de las empresas es uno de los temas protagonistas en el discurso empresarial, pero la práctica totalidad de las pymes, concretamente el 97%, no tienen la digitalización como una prioridad, según el informe *Radiografía Pyme 2018* del Grupo SAGE. El 56% de las pymes confía en que su facturación mejorará en los próximos 12 meses gracias, fundamentalmente, al aumento de la demanda de los clientes y a la tendencia de crecimiento de la economía reflejada en el PIB. “Sin embargo no mencionan, en este punto, el uso de las nuevas tecnologías ni la digitalización de sus negocios como factor clave en dicha mejora del negocio”, recalca el estudio. “Las pymes españolas tienen que ver en la digitalización el medio para conseguir crecer en el mercado, ganar en eficiencia y competitividad y mejorar la satisfacción de las necesidades y expectativas de sus clientes”, afirma Luis Pardo, CEO y Consejero Delegado de SAGE Iberia.

En su opinión, los principales retos de España son “fortalecer la sostenibilidad del sistema fiscal” para el medio y largo plazo —incluyendo la reforma del sistema de pensiones—, debido a la inversión de la pirámide demográfica del país y a la mala salud económica del sistema de Seguridad Social; desarrollar una Administración Pública “más eficiente y efectiva”, e impulsar más la internacionalización de las empresas, sobre todo en los sectores que hasta ahora no han dado el gran salto. ●

Ciudades con talento

ESPAÑA se sitúa en el puesto 31 de los 119 países analizados en el *ranking* de ciudades con mejor talento del mundo del Índice Global de Competitividad del Talento que elabora la empresa de recursos humanos Adecco. De esta manera, España mejora en 1,4 puntos y cinco puestos respecto al año pasado. Madrid ocupa el puesto 22 de 90; Barcelona, el 30; Bilbao, el 32, y Zaragoza, el 42, en tanto que las urbes que encabezan la clasificación son Zúrich, Estocolmo y Oslo.



DAVID CANO MARTÍNEZ,
director general de AFI. Escuela
de Finanzas

[@david_cano_m](#)

Productividad y ciclo económico

UNO de los elementos básicos en los que estamos de acuerdo los economistas es en que los ciclos económicos existen. Sus causas son diversas. Desde el proceso de endeudamiento aparejado a cualquier motor del crecimiento, que lo impulsa y que suele terminar con una abrupta caída del PIB cuando se revela la incapacidad para su repago, hasta la aparición de una innovación productiva o tecnológica, cuyos efectos dinamizadores sobre la actividad son temporales

Además, la política fiscal y la política monetaria buscan (deben hacerlo) ser contracíclicas, si bien en muchas (demasiadas) ocasiones su efecto es justamente el contrario (en especial la política fiscal). Una de las dinámicas más estudiadas es la relacionada con las ganancias y pérdidas de productividad y competitividad.

La secuencia es sencilla. Partamos de una posición neutral, la de una economía con equilibrio macroeconómico que recibe un estímulo, como puede ser una rebaja de los tipos de interés, una depreciación de la moneda o el hallazgo de un pozo de petróleo en su territorio. Cualquiera de estos *shocks* (como lo fue para España la rebaja de tipos de interés del BCE en los primeros años de la política monetaria) genera un mayor crecimiento del PIB. Asistimos a un *output gap* positivo, esto es, el crecimiento económico se sitúa por encima del potencial (aquel que es compatible con el equilibrio).

Como si de una persona se tratara, que cuando ingiere más calorías de las que quema comienza a generar desequilibrios (sobrepeso, colesterol, ácido úrico, etc.), en el cuadro macroeconómico del país comienzan a observarse “señales de recalentamiento”. Estas son las conocidas: aumento del endeudamiento, encarecimiento de los activos (en especial los inmobiliarios, pero también el mercado de acciones), déficit de la balanza comercial, aumento de los salarios... e inflación. La inflación como señal de que la economía está creciendo por encima de su potencial, de que estamos asistiendo a un avance del PIB excesivo que fuerza las costuras del entramado macroeconómico.

Regreso a la situación de la economía española que, como consecuencia de unas condiciones monetarias muy expansivas entre 1998 y 2005, experimentó un crecimiento del PIB (del orden del 4%) que era superior al potencial, como se reflejaba en el permanente deterioro de la balanza por cuenta corriente, en el aumento de la deuda privada, en el encarecimiento de la vivienda o en el aumento del IPC. La inflación en España se situó en la zona del 4%. No era más que un reflejo

del *shock* positivo que experimentó nuestra economía y que no encontró en la política fiscal un elemento de contrabalanceo. El problema más grave no era sufrir un crecimiento de los precios al consumo del 4% sino que nuestros principales socios comerciales (el resto de países del Área euro) tenían una inflación del 2%. Ese diferencial de 2 puntos porcentuales implicó de inmediato una pérdida de competitividad internacional, por cuanto, en gran medida, se terminó por reflejar en los salarios.

El diferencial de inflación con los socios comerciales como una de las vías más claras de deterioro de la capacidad competitiva. Tras más de una década, la pérdida de competitividad acumulada era del orden del 15%. ¿Manera de resolverlo? Una de las alternativas habituales es devaluar la moneda. Como es sabido, una moneda tiende a depreciarse en una magnitud equivalente al diferencial de inflación, precisamente como vía para recuperar la pérdida de competitividad.

El problema, en el caso de España (y del resto de países periféricos), era que el desequilibrio no era común en el Área euro, sino solo de cinco. No pudimos contar con el recurso a la pérdida de valor de la moneda, por lo que la recuperación de la competitividad perdida por el diferencial acumulado de inflación tuvo que hacerse de la manera más dolorosa: pérdida de puestos de trabajo y reducción de salarios.

Las consecuencias son más que conocidas por el lector. ¿En qué situación nos encontramos ahora? En una economía que ha recuperado el PIB perdido y, lo que es más importante, que ha purgado gran parte de sus excesos. Ya no existe una burbuja inmobiliaria; la deuda de las empresas y familias ha caído hasta los niveles recomendables (60%-70% del PIB) y se ha recuperado el saldo positivo de la balanza por cuenta corriente: el país, en su conjunto, y a pesar de la persistencia del déficit público, tiene capacidad para autofinanciarse, lo que permite ir devolviendo de forma gradual la enorme deuda contraída durante los más de diez años en los que sufrimos déficit en la cuenta corriente (la posición internacional neta llegó a presentar un saldo negativo equivalente al 80% del PIB).

La recuperación económica desde 2013/2014, con un crecimiento acumulado del 10%, no ha traído aparejado un diferencial positivo de inflación de España frente a nuestros socios de la UME. Esto es sin duda una excelente señal y una de las evidencias del cambio estructural de nuestra economía. No parece que, de cara a un potencial deterioro adicional del ciclo económico (pocas dudas de que hemos asistido a un punto de inflexión, habiendo dejado atrás las mayores tasas de avance) el diferencial de inflación vaya a ser un factor de pérdida de competitividad internacional. Más atención deberían tener otros ámbitos no menos importantes, como contar con una apuesta mucho más decidida por sectores industriales competitivos, como lo son aquellos vinculados con la tecnología. O, desde luego, contar con un marco fiscal estable y más atractivo para el establecimiento del tejido productivo.

«No parece que, de cara a un potencial deterioro adicional del ciclo económico, el diferencial de inflación vaya a ser un factor de pérdida de competitividad internacional»

“Irresponsabilidad a largo plazo”

